

## ¡QUÉ MALAS SON LAS PRISAS!

Hay un refrán en árabe que dice *al-`ayala min al-Saytan*, la prisa procede del Diablo. Tan religioso como es el señor Mohammed Mursi y sus compañeros, sin embargo, parece que se ha olvidado de esta máxima que tan frecuentemente repiten las abuelas y las madres a sus hijos.

Ya comentamos que el año pasado que, en el verano, cuando hacía poco que había tomado posesión de su cargo de Presidente de Egipto, apoyado por los votos populares, actuaba con prisas al presentarse en Teherán como adalid de la islamidad (sunní) en la boca del lobo de la islamidad (shi`í). Aquella actitud prepotente se ha dejado ver en otros gestos posteriores, dándole a las revoluciones árabes un marcado carácter religioso y, aún más, sectario.

Durante este año han aparecido aquí y allá noticias sueltas acerca de los ataques que algunos de sus partidarios, defensores de una moralidad centrada en las diferencias de sexo, pero que excluye la violencia como un mal, habían perpetrado contra mujeres de todas las edades, en la supuesta defensa de las buenas costumbres y la decencia ‘islámica’. Así mismo, sin que se sepa que esos ataques se hayan reprimido o perseguido como corresponde a un estado democrático, también se han extendido a otros grupos, como los coptos, una de las iglesias cristianas más antiguas del mundo, posiblemente también en el uso de una ‘supuesta norma islámica’ de agresión a ‘infieles’, en lugar de recordar aquella otra norma del respeto a Las gentes del Libro.

Mientras los hermanos musulmanes y otros grupos afines, soporte de la presidencia del señor Mursi, se dedicaban a estas tropelías, sin mayores consecuencias para ellos, el presidente maniobraba para acaparar poder, reformando las instituciones del estado a su capricho. La última gran maniobra, al parecer, ha sido la de alentar a jóvenes militantes islamistas a que se enrolaran en las filas de la contestación al régimen asesino de Asad, en Siria. Con esta acción parece que pretendía apoyar al islam sunní, contra ese supuesto islam shi`í que se dedica a someter por la fuerza a sus ciudadanos de la otra confesión musulmana. Propiciaba, en ese sentido, el señor Mursi el martirio de los demás, que no el suyo propio.

Tanta prisa en convertirse en el adalid de la sunna, en el representante del ‘verdadero islam’ en el Oriente Medio, es lo que le ha llevado a la situación en la que ahora está. Mezclar religión, sentimientos religiosos y política nunca ha sido buena cosa, a no ser que uno sea algo así como el imperio romano, y ya sabemos en qué quedó

la religión oficial de aquel imperio; en una simple fórmula para perpetuarse en el poder y no en una creencia proveedora de valores.

Hoy, cuando estamos muchos escocidos con la enésima reforma de la enseñanza en este país, observamos cómo muchos críos de escuela reniegan de las Ciencias Sociales (las Sociales como las llaman ellos), en las que, en batiburrillo, se les explica geografía, historia y algunas otras cosas como costumbres locales o sentimientos nacionales de la patria chica. Parece que desde los ministros a los pedagogos se nos ha olvidado que somos seres de 'espacio y tiempo'. Es decir, somos criaturas a las que el tiempo y el lugar que ocupamos en la tierra nos dan identidad y nos dotan de sentido; nos permiten explicar y explicarnos; nos dan las bases para hacernos una idea somera de quiénes somos y qué hacemos aquí, durante el rato que estamos.

La geografía y la historia explican muchas cosas. La geografía de Egipto es quizá una de las más significativas de la tierra. Se trata de un inmenso desierto de arena por el que corre, dejando una estrecha franja de verdor a ambas riberas, una cinta azul, llamada río Nilo. Sus habitantes de antes y de hoy están más preocupados de la otra vida que de esta. Los que no tienen nada se preocupan pensando que allá por fin se les hará justicia, y los que tienen algo se siguen construyendo pirámides y pensando que pueden competir con tierras llenas de trigo, árboles de pistacho o petróleo.

Por otra parte, minorías perseguidas guardan en el fondo de su memoria los anhelos de revancha. ¡Qué mayor victoria para los iraníes chiíes que sostener a un gobierno títere en la que fue patria de los Omeyas, que los masacraron en su día y los arrojaron a los bordes del imperio musulmán, negándoles incluso el nombre de musulmanes!

Los procesos de la historia son lentos, premiosos y solemnes. Del mismo modo que los imperios tardan siglos en caer y deshacerse, también tardan siglos en levantarse y dominar a los demás. Sin embargo, cuando se unen la iluminación divina con el poder político o, simplemente, con algo de poder, entonces el diablo encuentra la mejor brecha para soplar en el oído sus malas ideas.

Egipto no será un imperio ante Mesopotamia o Siria así de pronto, como no lo serán otras naciones que aguardan su turno de gloria, haciendo la vida imposible a otros, de manera inmediata. Para que los actuales imperios caigan, aún se necesita un poco más de decadencia y falta de ideas. Para que suban sus sucesores aún falta algo de tiempo y muchas más ideas.

Si estudiáramos más sociales sabríamos esto tan elemental y no volcaríamos nuestra experiencia directamente sobre Egipto de manera tan burda y automática. Los militares en Egipto no pertenecen al mismo ejército que ganó la guerra civil española, por ejemplo. Ni su democracia, recién adquirida, es como la que se ejerce en Nueva Zelanda, por poner otro ejemplo. Los esquimales no pueden ver el mundo como un señor que ha nacido en Málaga. Pero, sobre todo, los procesos por los que los países alcanzan su plena responsabilidad, su libertad, su participación democrática son procesos que tardan siglos. Pensemos en cuanto tiempo hace de la Revolución francesa y en cómo están nuestras democracias europeas.

Pero, sobre todo, reconozcamos que somos seres en el tiempo y el espacio y no nos dejemos engañar por el diablo de nuestros deseos de uniformar el mundo. Reconozcamos que desde el conserje que puede negar la entrada a alguien, hasta el sacerdote que 'ata o desata', todos, en algún momento, nos sentimos revestidos de poder y éste consiste, definitivamente, en hacerle la vida imposible al prójimo. Y esto, señores, no es ni más ni menos que obra del Diablo, por echarle la culpa a alguien que se la tiene bien ganada.